

mision deberá siempre recurrirse para la explicacion de los fenómenos. La tercera hipótesis no implica menos en los términos; porque sustraer el mundo de la divina Providencia, es lo mismo que quitar á Dios el carácter de primer Principio, y por consiguiente el Ser divino. En el sistema de la Religion cuando mas se encuentran algunas dificultades que el entendimiento no puede del todo disipar; pero no se halla contradiccion alguna, y las mismas dificultades están bastante allanadas, así por las razones *a priori* que invenciblemente demuestran la verdad del sistema, como por la reflexion sobre la naturaleza de las cosas que dependen de un Dios infinito, y deben por necesidad superar los cortísimos alcances de un entendimiento finito y limitado. Siendo pues ciertísimo todo esto, el abandonar el sistema de la Religion por abrazar alguna de las hipótesis mencionadas, repugna abiertamente á la luz de la razon y al sentido comun. Luego en los incrédulos en quienes se ve semejante modo de pensar, se da á conocer no agudeza de ingenio ni sublimidad de pensamientos, sino un *delirio de la razon*, verdadero manantial de su impiedad.

CAPÍTULO V.

Examínanse las objeciones de los Naturalistas, y en especial de Juan Jacobo Rousseau, contra la Revelacion.

1. *Los Naturalistas son perpetuos encomiadores de la razon, y enemigos de la Revelacion. Acostumbrado artificial suyo para hacer esta dudosa.*

Hemos señalado hasta aquí en los Ateos y Deistas como carácter peculiar de su espíritu, ó diré mejor, como manantial de sus delirios, un funestísimo *trastorno de la razon*: ¿podremos decir y mostrar lo mismo de estos, y de los Naturalistas, que forman la mayor parte

de los incrédulos que hoy cubre la tierra? Si atendemos únicamente á la corteza de sus discursos, no oiremos en verdad otra cosa que razon y sabiduría. Las teorías mas sublimes acerca de la Divinidad y del alma humana; la moral mas pura para arreglar las costumbres, estos son al parecer los tesoros que su entendimiento hace rebosar por sus labios; los dogmas que enseña su religion: todo en ella va fundado sobre razon. Esta diosa ¹ es el único oráculo, suficiente é infalible á quien escuchan y les guia. Cuanto no dimana de esta *docta Minerva*, así la llaman, es hazañería y supersticion. Idólatras de sus propias luces, como si estas hubieran de extinguirse subordinándolas á los resplandores soberanos de quien todo lo conoce y puede, el nombre solo de Revelacion y Misterios los altera y conmueve; algunos abiertamente la niegan; otros fraudulentamente los mofan y escarnecen. En su dictámen este modo de obrar es el mas conveniente y conforme á razon; nosotros vamos á probar que solo un trastorno de ella puede dictarlo. Oigámoslos.

¿Qué es lo que ha inundado la tierra de errores, dicen orgullosos, sino el hombre de Revelacion? A su sombra se han persuadido á naciones enteras las prácticas mas nefandas, y las supersticiones mas vergonzosas. Toda religion *ostenta ambiciosamente sus oráculos* ². Los Judíos, los Cristianos y los Mahometanos pretenden

¹ Diosa la llamaba el autor, ¿quién habria dicho que en efecto se la habia de dar culto públicamente como á tal, escogiendo para emblema suyo una lúbrica mujer? ¿qué altares! ¿qué sacrificios los suyos! El Señor, viendo desvanecidos á los filósofos en sus pensamientos, los entregó á las pasiones de ignominia. Quiso darnos á entender lo que vale, el hombre por sí solo, cuando abandona la guia de la Religion. Véase el t. I de la *Bibl.*, pág. 188.

² Así la *tésis* de M. Prades: véase el mandamiento del Arzobispo de Paris, y la *Instruccion pastoral* de M. de Auxerre. * Se ha hecho tan famosa esta desventurada *tésis*, que no desagradará á nuestros lectores una sucinta idea de ella y de su autor. Juan Martiñ de Prades del Obispado de Montauban, y Bachiller de la Sorbona, instigado por Diderot, quiso adquirir la reputacion que no habia logrado durante el curso de sus estudios, con este ensayo de filosofia irreligiosa, que escandalizó al mundo católico el 1751. La esencia del alma, las nociones del bien y del mal, el origen de las sociedades, la ley natural y la Religion revelada, las pruebas

que sus doctrinas son reveladas. Dos de estas sectas, por lo menos, son imposturas; y cualquiera que se abraza, es cierto que la razón, don precioso del cielo, es inútil al hombre estándole inmediatamente prohibido examinar lo que se dice revelado, aunque sea contrario claramente á la misma razón y al buen sentido. Sigamos pues, entre tantos caminos, que acaso todos ellos guían al precipicio, la vía de la razón, que es una, la primera, y simple y que no puede errar.

Hé aquí el ordinario lenguaje y artificio más común que reina en las obras de los modernos Naturalistas; confundir perpetuamente la Religión y la superstición; hacer una causa común la de Mahoma y la de Cristo; y

de la Religión verdadera, la certidumbre de los hechos históricos, la cronología de los libros de Moisés, la fuerza de los milágras para probar la revelación divina, el respeto á los santos Padres, etc., todo se veía hollado en ella con las proposiciones más falsas; pero sobre todo indignó el impío paralelo de las curaciones de Esculapio con las milagrosas curaciones de Jesucristo. La Sorbona, el Parlamento, el Arzobispo de París, Benedicto XIV, todos la condenaron al instante. Prades temió por sí, y huyó á Berlín; y poco después, auxiliado de su instigador Diderot, publicó una *Apolo- gía*, si cabe, más injuriosa contra sus censores. Pero pasada aquella efervescencia, entró en sí, reflexionó sobre sus escándalos, se avergonzó de sus excesos, y estimulado por el Obispo de Breslau, trató de reconciliarse con la Iglesia. El Obispo hizo presentes sus disposiciones al Padre santo, y Prades firmó el 6 de abril de 1754 una *Retractación* solemne, donde entre otras cosas dice: « que una » sola vida no era bastante para llorar su conducta pasada, y dar » gracias al Señor de la gracia que le concedía. » Envió ejemplares al Papa, á su Obispo, á la Facultad de París: Benedicto XIV obtuvo de la Sorbona que le restableciese en sus grados; fué hecho después Arcediano de Oppelen, y murió en Glogau el 1782. Esta desgraciada tesis forma época en la revolución irreligiosa de nuestros días. Antes de ella no se atacaba á la Religión al descubierto, sino bajo nombres supuestos, ó en obras anónimas, ó por folletos y medios clandestinos; pero desde entonces la impiedad, bajo el manto de la filosofía, ha caminado con la frente levantada, y sus partidarios no se han avergonzado de poner sus nombres al frente de las producciones más infames, y firmar su opróbio con sus blasfemias. Lo bien notable es que el sistema de *igualdad*, establecido en Francia al 1791, lo había puesto en su tesis: *Jus illud, inæqualitatis barbarum, quod vocant æquius, quia validius*. Nueva prueba de que la impiedad va hermanada con la rebelión.

poner en una misma clase el Evangelio, el Talmud y el Alcoran, para mofarse después y desecharlos todos juntos. Las *Cartas persianas*, las *turcas*, las *judías*, las obras de Voltaire y del marqués de Argens están atestadas de tales delirios. Y bien, pregunto yo, ¿este modo de pensar es hijo de la prudencia ó de la fatuidad? El que así discurre es ciertamente más necio que el que no quisiese, porque hay monederos falsos, recibir moneda alguna temiendo que fuese falsa. Pero examinemos la cosa más de raíz.

II. Posibilidad de la Revelación divina. Demostración abreviada con que se prueba su existencia.

Que Dios óptimo máximo pueda revelar á los hombres una Religión que comprenda verdades especulativas superiores á las luces naturales de nuestra razón, y preceptos prácticos que determinen el culto con que quiere ser honrado y venerado en la tierra, podrá solamente negarlo quien tuviese valor para negar que hay Dios, como tenemos ya plenamente demostrado ¹.

El punto cardinal sobre que ahora versamos, y sobre que los Naturalistas deben, si no quieren obrar en vano, dirigir todos sus tiros, es la *existencia* de esta Revelación misma; es decir, que Dios efectivamente ha revelado una Religión, y que esta puntualmente es la cristiana. Y bien, entremos en la lid; pásese la vista, y reflexiónese sobre lo que hemos dicho en el libro 2^o de los *Fundamentos* ², y se verá demostrado hasta la evidencia con todas las pruebas de que en su género es susceptible, y que la ponen fuera de duda. En efecto, veremos la doctrina cristiana revestida y acompañada de un conjunto de caracteres ineluctables, que cada uno de ellos es bastante á demostrar que es divina, y todos tan enlazados y encadenados entre sí, y con un primer Principio, que es Dios, que establecido este como su autor, todos ellos naturalmente se explican y entienden, y quitado ó removido se dislocan, no hay base alguna donde se apoyen, ni por donde se pueda dar *razón suficiente*

¹ Véase el t. IV de la *Biblioteca*, pág. 168.

² Y en el t. V de la *Bibl.*, cap. 3.

de ellos, ni señalar causa que los produzca. Vemos que esta causa ha debido señorear y dominar en todos tiempos sobre los entendimientos y corazones, y sobre la naturaleza toda. En el centro de estos fenómenos se ve á *Cristo resucitado*; hecho que demostramos ser más cierto y más seguro que todos cuantos nos refieren las historias de todos los siglos. Se ve establecida una nueva alianza, y convertidos los gentiles á Dios: confirmada su doctrina con el esplendor de repetidos y ciertísimos milagros; sostenida con la sangre de millares de mártires; y llevado su nombre hasta los últimos extremos de la tierra. La obra era en sí misma la más difícil, como contraria á la corrupcion de los corazones y á la disposicion de los entendimientos. Los obstáculos más poderosos, y los medios de promoverla, segun las apariencias humanas, los más ineptos é ineficaces; y eso no obstante, el éxito fué tan feliz y perenne que nosotros mismos lo vemos y palpamos. Lo maravilloso es que todo este plan de sucesos, hasta en las más menudas circunstancias, habia sido puntualmente predicho en el discurso de cuarenta siglos; que estos oráculos subsisten todavía en los libros, que conservan nuestros enemigos más implacables; de suerte que es una serie de fenómenos, no solo maravillosos en sí mismos, sino todos unidos y conexos. Luego es necesaria una causa omnipotente y simple que los explique, y explique este su concierto y armonía. Esta causa no puede ser otra sino Dios: luego la Religion cristiana acompañada de tales caracteres es la revelada por Dios.

III. *Los Naturalistas, no pudiendo responder directamente, prueban en el hecho que su modo de pensar nace de un trastorno de su razon.*

Hé ahí una abreviada demostracion de este hecho irrecusable: ¿qué pueden á ella responder los Naturalistas? No hay medio: es preciso ó demostrar que el Mahometismo y las demás supersticiones que tienen la temeridad é insolencia de comparar con la Religion de Jesucristo están adornadas de los mismos caracteres que esta nuestra; ó substituir á Dios una simple y sencilla causa que

todo lo gobierne y lo dirija, y explique el conjunto de estos caracteres y fenómenos tan maravillosos entre sí, y tan íntimamente unidos, que unos á otros mutuamente se sostienen, sin que se pueda uno separar de los otros: y por consiguiente que de una sola y simple causa debén depender, que los pueda explicar. Este solo punto deben establecer los Naturalistas, si algo quieren persuadir. Todo lo que salga fuera de este órden, nada es: millares de volúmenes llenos de la erudicion mas exquisita, trabajados con la elocuencia mas halagüeña y seductora, si esto no prueban, de nada servirán: puras inepticias son. Ahora bien, es ciertísimo que por mucho que hayan escrito y escriban cada dia los Naturalistas, no han llegado ni llegarán á mostrar el Mahometismo, ú otra supersticion adornada de esa union de caracteres de que nuestra Religion está dotada; ni han hallado una causa, fuera de Dios, que pueda explicar todo el sistema; ni aun tampoco una de las notas ó caracteres de que nuestra Religion se gloria: luego invenciblemente se demuestra que Dios la ha revelado, y que su autoridad es superior á todos los ataques de sus enemigos.

Supuesta esta verdad, ¿qué mayor delirio puede darse que, por no recibir la revelacion cristiana, asegurar que el nombre de revelacion ha inundado de supersticiones la tierra? ¿qué mayor delirio que afirmar que toda Religion ostenta ambiciosamente sus oráculos; y poner en una misma línea el Evangelio con el Alcoran, y por el flanco del fanático Mahoma lanzar sus dardos venenosos contra la Religion de Jesucristo? Pues sin embargo, léanse los libros de los Naturalistas, y señaladamente algunos trozos de Voltaire, y se verá practicado este injusto y necio proceder.

IV. *A la voz de un Dios que habla no hay entendimiento que no deba humillarse. Pasaje de las Cartas judías en que se confiesa esto mismo.*

Demostrado ya invenciblemente que Dios ha hablado, y que de él proceden los dogmas así especulativos como prácticos de la Religion cristiana; el hombre debe humillarse: pretender censurarlos es un trastorno manifiesto

de la razon. Oigamos esta máxima de boca de un impío, que por lo mismo no se puede recusar. El autor de las *Cartas judías* dice así: « Debe permitirse¹ el examinar » si una cosa ha sido verdaderamente revelada; pero » demostrado que lo ha sido, ya no es permitido dudar » de ella, ni aspirar á penetrarla. » Y poco después: « Un Hebreo en quien se excitan dudas sobre algunos » hechos que se hallan en los Libros sagrados, pues que » conoce la autenticidad de su revelacion, debe humi- » llarse, creer ciegamente y no pretender explicar con » razones humanas misterios divinos. » Si esto es pues así, todas las sofisterías de los incrédulos contra los augustos misterios de la Religion cristiana, todas sus críticas sobre la historia de ambos Testamentos, todas sus invectivas contra los documentos prácticos pertenecientes al culto y á las costumbres en ellos contenidos, todo es vano y nada demuestran sino el delirio de su razon. Hemos ya demostrado que los tales libros son revelados; á nuestra demostracion no han podido los Naturalistas responder; pues á la voz de un Dios que habla ¿qué debe el hombre hacer sino someterse y escucharla con humildad? Los mismos Naturalistas lo confiesan así: Luego todos sus folletos llenos de tales críticas y sátiras contra la Religion cristiana son delirios despreciables. Luego sus quejas sobre no poder hacer uso del *precioso don del cielo*, es decir, *de la razon*, á la que se prohibe examinar lo que se dice revelado, son injustas y pueriles. Lícito es usar de la razon en cuanto á ventilar los argumentos que demuestran la existencia de la revelacion cristiana; lo que la está prohibido es el citar á exámen las verdades que se conoce haber Dios revelado, y que, aunque arcanas é impenetrables, no pueden ser ni demostrarse contrarias á la recta razon.

V. *Inférese la impiedad y locura de los Naturalistas contra las verdades reveladas. Primer ensayo tomado de la obra de Rousseau intitulada el Emilio.*

Esta verdad es tan patente, que no puede menos de

¹ Carta 138.

hacer impresion en todo el que no quiera cerrar los ojos á la luz. De aquí es que los Naturalistas mas modernos como que se avergüenzan de presentarse al descubierto á atacar nuestra Religion con la impudencia de Espinosa, de Tindal, de Collins, de Woolston, de St.-Evremond (si es que este es el autor del impío *Exámen de la Religion*); y se disimulan y toman diversos medios, pero que van al mismo fin, y demuestran igualmente su delirio. Rousseau en el *Emilio* (obra que ha merecido á su autor la indignacion de todos los hombres sabios, y los anatemas y condenaciones de la Iglesia y del Imperio) introduce un episodio de cierto apóstata eclesiástico, y atribuyéndole una *profesion de fe*¹, ó mas bien de impiedad, debajo de esta máscara vomita sus venenosos sofismas contra la revelacion divina. Permítasenos seguirle paso á paso, pues su elocuencia, aunque nunca podrá confundir la verdad, puede muy bien turbar á los sencillos. No hay necesidad, dice desde luego, de una Religion superior á la natural, pues no se puede señalar dogma alguno útil al hombre y honorífico á su autor, que no pueda conocerse con el buen uso de la razon. Mas cuál y cuán grande sea para el hombre corrompido la necesidad de una revelacion soberana, ya respecto á los dogmas que, absolutamente hablando, puede conocer por la razon natural; ya tambien y mucho mas respecto á los que superiores á ella nos muestran el único remedio de nuestros males y el camino de nuestra felicidad, ampliamente lo hemos hecho ver en el libro 2º de los *Fundamentos*, donde refutamós los sofismas de los incrédulos, que este nuevo filósofo vuelve hoy á reproducir.

Pero oigámosle hablar sobre la *existencia* de la Revelacion. « O todas las religiones, dice, son buenas y agradas dan á Dios, ó si es que hay una que él prescriba, y los » hombres estén obligados á reconocer, so pena de ser » por ello castigados, la habrá distinguido con señales » tan ciertas y patentes que no se pueda confundir, y » por donde sea conocida como la sola verdadera². »— En efecto así es, y esta es puntualmente la Religion cris-

¹ Es la que se llama la profesion del Vicario saboyano.

² *Emilio*, t. 3, pág. 122.

tiana, y las señales manifiestas, luminosas y ciertísimas por donde se venga á conocer son el conjunto de aquellos caracteres que en el libro 2º de los *Fundamentos* hemos explicado y defendido. A saber, la pureza y excelencia de su doctrina en sus dogmas y moral: la santidad de costumbres que en el mundo ha introducido: su propagacion maravillosa á pesar de los obstáculos insuperables á todas las fuerzas de los hombres: la vida, muerte, los milagros y resurreccion de Jesucristo, predicha hasta en las mas pequeñas circunstancias por una serie de oráculos, y confirmadas despues con la sangre de muchos millones de mártires. Estos y otros semejantes son los caracteres, los cuales cada uno de por sí, pero especialmente reunidos, ilustrándose y confirmandose mutuamente, demuestran hasta la evidencia que la Religión cristiana es la única divina y verdadera.

¿Qué tiene que decir á esto Rousseau, que en su sublime *Educacion* se propone hacer que su alumno deseche la Religión revelada, para hacer de él un naturalista? ¿querrá acaso impugnar estos caracteres de que la Religión cristiana está adornada, demostrando que son *falsos los hechos*, ó que pueden proceder de *otra parte que de Dios*? Este es el grande objeto á que debia enderezar todos sus tiros, si queria lograr su fin: pero era de mucha penetracion para dejar de conocer, que esta es una empresa desesperada, si habia de entrar en una justa y clara lid. Acógese á los acostumbrados artificios, indignos verdaderamente de un hombre justo y razonable, é ineptísimos para debilitar nuestra causa, pero que entre los sencillos valdrán tal vez para confundirla.

Empieza desde luego sembrando dudas sobre algunos de los señalados caracteres de la divina Revelacion; exagera despues la dificultad en discernir cual sea la verdadera y distinguirla de las falsas. De ahí pasa á decir que el hombre no puede tener obligacion de reconocerla ni seguirla, porque á su parecer esta obligacion no es conciliable con la justicia de Dios. De todo lo cual deduce últimamente, que toda Religión es buena, y cada uno debe seguir aquella en que ha nacido ó en que se halla, sin temor ninguno por eso de perecer. A estos cuatro puntos se reduce todo cuanto Rousseau propone por

boca del Vicario Saboyano contra la Religión, valiéndose de aquel nombre, segun la costumbre de nuestros incrédulos, para esparcir mas seguramente el veneno de su error. Examinaremos fielmente cada uno de estos puntos, y mostraremos con toda claridad su ninguna subsistencia; haciendo ver que todo el discurso de este filósofo *sublime* está tan atestado de absurdos y de errores como falto de razon.

VI. *Disipanse las dudas de este filósofo sobre la doctrina revelada.*

Y para dar principio á lo que en su orden es primero, los puntos sobre que hace caer sus dudas son nuestra *Doctrina*, los *Milagros* y las *Profecias*, dejando intactos los demás. Mas no creamos formen estas un nuevo y sólido argumento que jamás se hubiese hecho oír: no, son ó simplemente palabras que con la misma facilidad se niegan que se afirman; ó algunos sofismas solapadamente repetidos que en sus respectivos lugares hemos examinado, disipado y confundido. Nuestra doctrina, segun este filósofo, no contiene mas que *absurdos y cosas fuera de razon*. Los Milagros él ni ninguno otro de los presentes los ha visto. Igualmente las Profecias no las oimos pronunciar, ni asistimos á su cumplimiento, y dado caso que esté se verificase, ¿qué sabemos si pudo ser producido por la casualidad? Hé aquí en substancia los dardos encendidos que vibra contra las pruebas de la divina Revelacion. Mas como no se le podía ocultar su debilidad é insubsistencia, siguiendo el ejemplo de Luciano, que tambien imitó Bayle y los otros libertinos, le da accion fingiendo á su arbitrio un Diálogo, donde bajo diversos personajes hace á cada uno decir lo que á él le viene bien, y son un *Inspirado*, en cuyo nombre entiende un ministro de la Religión, y un *Filósofo*, que es decir, un libertino. Y como él es su único autor, para llegar á persuadir que en efecto nuestra *doctrina no tiene sino absurdos y cosas fuera de razon*, introduce al *Inspirado* hablando así: — « La razon os enseña que el » todo es mayor que su parte: yo de parte de Dios ven- » go á enseñaros y os enseño que la parte es mayor que

» el todo¹. — ¿Y quién sois vos, replica mofándose el
 » filósofo, que teneis la osadía de decirme que Dios se
 » contradice? ¿A quién deberé yo creer mas bien? ¿A él
 » que me enseña por medio de la razon las verdades
 » eternas, ó á vos que de su parte me anunciáis un ab-
 » surdo²? » Y excitada la risa de los lectores, pasa con
 esta gran razon. ¿No es en verdad un admirable modo
 de escribir, y un medio eficaz de persuadir y demostrar?
 Pero ¿dónde enseña la doctrina cristiana esa necedad,
 que arbitrariamente ponéis en boca de nuestro Ministro?
 Ya se entiende que aludis á los misterios del Evangelio,
 los cuales pretendéis se oponen y repugnan abiertamente
 á las luces de la razon. Mas esa imaginacion común á
 todos los incrédulos nace solamente de no querer,
 ó no saber reconocer la diferencia que hay entre ser un
 dogma *superior á la razon y ser contrario á ella*. Es cierto,
 como difusamente hemos explicado y defendido en
 otro lugar contra Pedro Bayle³, exponiendo esta real y

¹ *Emilio*, t. 3, pág. 139. — *Ibid.*, pág. 140.

³ Sé que este filósofo en la respuesta al Arzobispo de Paris piensa que puede demostrar la repugnancia que hay entre el *axioma* de que el *todo es mayor que su parte*, y el misterio de la *transubstanciacion*, porque dice: *Si Cristo en la última cena partiendo el pan tuvo en su mano el cuerpo que distribuyó á los discípulos, clara y precisamente se ve que la parte es mas grande que el todo*. Esta antigua objecion de los calvinistas contra los católicos, que tambien tomó Rousseau de Bayle, se funda en un falso supuesto. Supone que nosotros creemos que en la Eucaristía el cuerpo del Jesucristo subsiste al *modo natural*, y como subsistia viviendo en la tierra. Si fuese así, podria tener algun lugar el argumento de Ginebrino; pero esta suposicion es tan falsa como es manifesto en todos nuestros Sinodos, y los otros monumentos de nuestra creencia: admitimos, si, que real y verdaderamente existe en la Eucaristía el cuerpo de Jesucristo; pero de un *modo sobrenatural*, y enteramente diverso de aquel con que naturalmente subsistia en la tierra, al cual por eso llamamos *sacramental*. En suma en la Eucaristía el cuerpo de Jesucristo es inextenso. Supuesta pues esta doctrina, la objecion de Rousseau desaparece: porque el *axioma* de que el *todo es mayor que la parte*, supone que aquel y está existan á su *modo natural*; lo que en nuestro caso es falso. Véanse los controversistas. Entre tanto reflexiónese si por un sofisma tan añejo é inepto debia Rousseau invectivar de un modo tan poco atento á Monseñor de Beaumont. « Se ve que pasais sobre este artículo de los misterios

verdadera diferencia, que la naturaleza de nuestros misterios es en efecto tal, que el entendimiento no puede llegar á descubrir el *modo*, la *conexion* y la *causa* de ellos; mas no de forma que pueda decirse envuelvan contradiccion. Tratándose de la naturaleza, de los atributos, de los consejos, y de los designios de un Dios infinito, solo un estúpido puede admirarse de hallar arcanos superiores é inaccesibles á sus luces y razon; y querer negar una doctrina que se demuestra evidentemente revelada, porque contiene esos arcanos inefables, es el último exceso de la necedad. Estos arcanos ó dogmas superiores é incomprensibles á la razon, ¿no se encuentran tambien además de la Religion revelada, en la natural, y aun en las mismas ciencias naturales, sin que por eso le ocurra jamás á un hombre sabio decir que son falsos ó contrarios á la razon? Es pues una impostura manifesta, é indigna de un escritor que se precia de probidad, imputar á un ministro cristiano que intima de parte de Dios creer contradicciones, cuando propone los misterios que ni Rousseau ni todos sus cóhermanos son ni han sido jamás capaces de demostrar repugnen á la razon. Pues este es el argumento mas robusto que lanza nuestro filósofo contra la verdad de la doctrina revelada. Sé muy bien que poco antes de introducir el Diálogo indicado, invectiva contra una « Revelacion⁴ » que no inspira sino sentimientos de aversion á sus semejantes, y de terror para consigo mismo; que presenta un Dios colérico, envidioso, vengador, parcial, y que aborrece á los hombres; un Dios de guerra y de batallas, siempre en actitud de destruir y lanzar rayos; que siempre habla de tormentos y de penas, y se li-sonjea de castigar á los mismos inocentes. » ¿Conoceis esta revelacion? Ó Rousseau habla de una revelacion que solo existe en su acalorada fantasia; y en ese caso le abandonamos con sus negros pensamientos; ó

» como sobre carbones encendidos: apenas os atreveis á sentar el pié. Por lo mismo me forzáis á deteneros un momento en esta situacion dolorosa. Tendré la discrecion de abreviarlo todo lo posible. » ¡Qué insolencia!

⁴ *Emilio*, pág. 137.

pretende hallarse esas blasfemias en la revelacion cristiana; y en ese caso las omitimos como una impostura demasadamente solemne é indigna de una seria confutacion. ¿Quién, por poco versado que se halle en las santas Escrituras, ignora que si en ellas resplandecen sublimemente todos los divinos atributos, la bondad, la clemencia y las entrañas de misericordia y de piedad de nuestro Dios para con el hombre están representadas en cada línea con rasgos tan majestuosos y tan penetrantes que no pueden provenir sino del mismo original? Y en cuanto á la aversion que se dice inspira nuestra doctrina revelada á nuestros semejantes, siendo así que nos manda amar hasta los enemigos, es una nueva prueba del candor y de la equidad con que estos filósofos impugnan la Religion.

VII. *Disuélvese otro sofisma contra los Milagros y Profecias.*

Pero veamos cómo rebate la *demonstracion de espíritu y de virtud*; es decir, los Milagros y las Profecias, que confirman el divino origen de nuestra Religion. Introduce de nuevo á su *Inspirado*, y le hace hablar así: « Mis pruebas son sin réplica..... mutaciones en el órden de la naturaleza, profecias, milagros y prodigios de toda especie ¹. » ¿Y qué excepcion da el filósofo á estas pruebas, cuya fuerza no podía ignorar Rousseau? — « ¿Prodigios y milagros? yo no he visto ninguno ². » Terribilísima confutacion; pues igual es tambien la que opone á las Profecias. « Y así como no he visto milagros, tampoco he oido profecias. Digo mas: que ninguna Profecía tendria autoridad para mí ³. » — Satélite del demonio, hace exclamar entonces á su inspirado con un rasgo propio de su autor. « ¿Y porqué las profecias no tendrán contigo autoridad? » — Porque para ello serian necesarias tres cosas cuya union es imposible, á saber: que yo hubiese sido testigo de la profecía; que lo fuese tambien del su-

¹ Rousseau, *loco citato*, pág. 142. — ² *Ibid.*, pág. 143. — ³ *Ibid.*, pág. 144.

« ceso; y se me demostrase que este no habia podido concurrir por casualidad con la profecía ¹. » — Conozco que al verme copiar tales ineptias los lectores tendrán justa razon para quejarse de mí porque los detengo en futilidades indignas verdaderamente de ocupar la atencion de un hombre medianamente instruido, y que tenga algun conocimiento del punto que tratamos. En efecto, ¿qué excepcion mas trivial puede oponerse á nuestros Milagros y Profecias que decir no se han visto ni unos ni oido otros? ¿Quién es entre los hombres el que no cree fija y ciertamente millares de sucesos remotísimos por el lugar ó tiempo en que acontecieron, aunque entonces ni los viése ni los oyese? ² Y porque no los vió ni oyó, ¿deberá negarlos? En otra parte hicimos ya el análisis, y manifestamos el gran principio, el principio firmísimo sobre que se apoya esta certeza moral ó histórica; esta certeza de hechos, igual en su género á la metafísica, y aplicando este principio á los hechos en que estriba la divina Revelacion, hicimos ver y demostramos que eran superiores á toda duda y excepcion. Vimos, por ejemplo, la Resurreccion de Jesucristo, que es, digámoslo así, como el centro de este sistema, el milagro mas importante y luminoso, apoyada en tales testimonios, que ninguna historia en el mundo los ha tenido jamás ni podrá presentar iguales ni tan irrecusables, y por tanto elevada á un grado de certeza que no admite la menor duda. Lo mismo proporcionalmente puede decirse de los milagros de Moisés y de los Apóstoles; lo mismo de la autenticidad de los oráculos pronunciados entre los Hebreos antes de la venida de Jesucristo. Cuanto puede exigir y desear la crítica mas severa, todo concurre á demostrar la verdad de cada uno de aquellos hechos. Pero lo mas singular, y aun lo que les da una firmeza

¹ *Ibid.*

² Yo no he visto la China, ¿dejaré por eso de creer que hay China? No vi ni oí hablar á Julio César ni á Alejandro Magno, ¿no habrá habido César ni Alejandro? No estuve en la batalla de Waterloo, en la de Bailen, ni en la de los Arapiles; ¿no se dieron por eso estas batallas, etc.? En verdad que dice bien nuestro autor, que es necesario tener transformada la razon para moverse y dejarse persuadir de tales razonamientos.

incomparable, es la relacion mutua, la conexion, el complejo, y union que tienen entre sí todos estos acontecimientos, con la cual formando un todo, un sistema, si puede usarse de esta voz, íntimamente unido, mutuamente se confirman, apoyan y establecen; de manera que establecido uno, lo están todos los demás. La Resurreccion de Jesucristo, v. g., que lo manifiesta inevitablemente Dios, prueba la divina mision de Moisés, autentificada y elogiada mil veces por Jesucristo, los milagros obrados por él, y por la misma razon los vaticinios de los Profetas. La destruccion de Jerusalem, la dispersion del pueblo judaico, la sangre de los Mártires, la predicacion del Evangelio, todo se refiere á Cristo Dios, todo confirma en él este carácter, y muestra cumplidas las profecías. De modo que lo pasado y lo por venir, como si fueran líneas de un centro, terminan y se unen en Jesucristo para demostrarlo al mundo Hijo de Dios: y él por otra parte esparciendo las luces de su predicacion sobre los milagros, promesas y vaticinios, todos los cumple, autoriza, confirma; y por consiguiénte su Religion apoya algo mas que un diálogo al estilo de Luciano; lleno de sarcasmos y de dudas las mas extravagantes. Para dar en tierra con un edificio tan majestuoso, tan enlazado, y tan íntimamente unido, se necesitaba mas que simplemente decir: *Yo no he visto Milagros ni oido las Profecías*. La verdad de unos y otras está demostrada con pruebas mas ciertas que el testimonio de los sentidos: sus efectos y el cumplimiento de unos y otras los palpamos visiblemente, y casi podemos decir que los tocamos con las manos. Esto exigia algo mas que decir, que en todos los países del mundo se han creído muchas veces imposturas por verdaderos milagros²; como si de haber mentiras en el mundo, se probase que no habia habido verdad: ó recordar los prestigios de los Magos de Fa-

1 Véase el t. 3 de la Biblioteca. — 2 *Ibid.*

raon¹ para probar que el demonio puede imitar las obras de Dios; como si no hubiese un seguro y cierto criterio para discernir los unos de los otros; y sin cometer un *círculo vicioso* no se pudiese probar la doctrina con los milagros, y por la índole de la doctrina descubrir el origen: fuente ó principio por quien han sido producidos ú obrados los milagros². Se necesitaba algo mas que decir que el suceso pudo casualmente corresponder ó concurrir con la profecía. Aqui no se trata de un suceso solo, ni de un oráculo aislado; se muestra una serie de hombres que por el espacio de cuarenta siglos se sucedieron unos á otros, y que, á pesar de ser diferentes en edad, en país, en carácter, vaticinan, pronuncian separada y distintamente una serie de sucesos no solo libres y contingentes, sino dependientes solo de las soberanas y omnipotentes disposiciones de Dios; señalando los tiempos, los lugares, las variedades, hasta las mas pequeñas circunstancias; y sucesos que aunque predichos separadamente, todos se unen, enlazan, combinan, y puntual y exactamente se cumplen en el tiempo y modo señalado. Ahora pues, llamar esto simplemente efecto de pura casualidad, es un pensamiento solamente digno de nuestro dialoguista, pero que no caerá jamás en el de una persona de sano juicio. Despues de esto parece superfluo detenernos mas sobre este primer capítulo de acusacion de nuestro filósofo, en el que se proponia esparcir varias dudas³ sobre algunas de las pruebas de la Revelacion. Si á alguno agradasé mas instruccion sobre esta materia, puede leer el libro 2º de los *Fundamentos*, donde, tratándose de los milagros y pro-

1 *Ibid.*

2 Libro 2 de los *Fundamentos de la Religion*, cap. 16.

3 Este fué siempre el carácter de Rousseau: dudar y esparcir dudas; por eso tan prontamente sostiene el *sí* como el *no* en todas materias. Su creencia no fué mas fija. Porque le den de almorzar todas las mañanas se hace de protestante católico: ve pecar á un católico, y se vuelve protestante: reconoce en Cristo un Dios, y no le sigue: ve en el Evangelio un libro divino, y luego le tacha de contradicciones: por todas partes ostenta una moral severa, y su lubricidad llega hasta el extremo: declama contra las novelas, diciendo que una jóven *no puede leer novelas y ser casta*, y escribe

fecias, están prevenidas y disueltas todas las objeciones de este incrédulo libertino¹.

VIII. *Dificultades que se finge y exagera Rousseau en el reconocimiento de la Revelación.*

Pasemos ahora á tratar del segundo punto, que consiste en exagerar las dificultades que hallaría un hombre siempre que entre las muchas revelaciones hubiese de discernir la única divina y verdadera. Aquí es donde le parece triunfar á Rousseau: No es ya un diálogo, es una viva y elocüente declamación de la que se sirve. Oigámosla². « Entre tantas Religiones diversas que se » proscriben y excluyen las unas á las otras, una sola es » la buena, si es que hay alguna. Para conocerla no bas- » ta examinar una sola; conviene, es necesario exami- » narlas todas: en cualquiera materia no se puede » condenar sin haber oído á las partes; es preciso con- » frontar las objeciones con las pruebas; saber lo que » cada uno opone á los otros, y lo que estos respon- » den. » Al pié de la página confirma é ilustra su doctrina con esta erudición escogidísima³. « Refiere Plutar- » co que los Estóicos, entre otras extrañas paradojas, » defendían que en un juicio contradictorio era inútil » oír á las dos partes; porque, decían, ó el primero ha » probado su asercion, ó no la ha probado: si la ha pro- » bado, está todo hecho, y debe ser condenada la parte » contraria: si no la ha probado, no procede bien, y debe » ser excluido. Yo hallo que el método de los que admi- » ten una Revelación exclusiva se asemeja mucho al de » los Estóicos. Siempre y cuando que alguno quiera ele-

una, de la que confiesa que la que lea una sola página cuéntese perdida. Escribe sus *Confesiones*, y en ellas con sinceridad filosófica un robo que había hecho de unas cucharas de plata lo convierte en una cinta. En fin, escribe contra el suicidio y se mata, ó sea de un pistolotazo, como dicen unos, ó sea tomando veneno en el café, como quieren otros, etc. Y por el charlatanismo de un sofista semejante se ha de dejar de oír la voz de Dios, y que él mismo reconoce que lo es? Véase en el t. 1 de la *Bibl.*

¹ Léase también el t. 3 de la *Bibl.*

² *Loco citato*, pág. 123. — ³ *Ibid.*

» gir entre tantos partidos, es preciso que escuche á to- » dos; de otra manera es injusto. »

Despues de este argumento, que en las escuelas se suele llamar *ab oppositis*, vuelve sobre sí nuestro filósofo, y tomando la palabra dice¹: « Quanto mas demost- » do nos parezca estar un sentimiento, tanto mas debe- » mos inquirir en qué se fundan tantos hombres que no » le siguen... ¿ Quereis instruiros en la Religion por los » libros? ¿ Cuánta erudicion no se necesita, cuántas len- » guas es necesario aprender, cuántas bibliotecas regis- » trar, qué inmensa lectura hacer!... Dificilmente se » hallarán en un país los mejores libros del partido con- » trario, y mucho menos los de todos los partidos. Dado » que se hallasen, serian bien pronto impugnados... Por » otra parte nada por lo comun engaña tanto como los » libros, ni nos informan con menos fidelidad de los » sentimientos de los que los han escrito... Para juzgar » bien de una Religion, no se debe estudiar en los libros » de los que la siguen, es conveniente ir á aprenderla » entre los que la profesan. » ¡ Intimación formidable! Sin embargo conviene aceptarla; porque poco despues se declara así²: « De aquí se sigue que, si no hay mas » que una Religion verdadera, y todo hombre está obli- » gado á seguirla so pena de condenacion, será necesario » emplear la vida en estudiarlas todas, penetrarlas, » compararlas, y recorrer los países en que se profe- » san.... Y hé ahí el mundo todo lleno de peregrinos » andantes, con grandes gastos y largas fatigas, para ve- » rificar, comparar y examinar cada uno por sí mismo » los diversos cultos que se practican. Y á Dios oficios, » artes, ciencias humanas, y todas las ocupaciones civi- » les; no puede haber otro estudio que el de la Religion; » y á duras penas el que haya gozado de la salud mas » robusta, empleado mas bien el tiempo, usado mejor » de su razón, y vivido mas largos años, vendrá á en- » tender en la vejez á lo que debe atenerse; y no será » poco si antes de morir llega á saber en qué Religion » habia debido vivir. » Y bien, despues de tan viva pe- » roracion, ó mas bien exageracion descompasada, ¿ qué

¹ *Ibid.*, pág. 447. — ² *Ibid.*, pág. 160.